

# DON ANGEL REVILLA MARCOS

## Ultima lección a los alumnos en el Instituto Nacional de Segovia

Con motivo de su jubilación fue rendido, el 15 de mayo último un cariñoso homenaje al Director del Instituto de Segovia, hoy Director honorario, Ilmo. Sr. D. Angel Revilla Marcos, quien pronunció ante los alumnos, en el Paraninfo, su última lección, cuyo texto transcribimos:

Excelentísimas autoridades, queridos compañeros de Claustro, antiguos alumnos y alumnos actuales:

Yo podría dar hoy una lección más o menos brillante sobre algún tema de Literatura o Lengua Española, o hacer una autobiografía que pudiera ser provechosa, pero que pudiera también parecer un autobombo, aunque no tan exagerado como algunos bombos que me han dado y que, afortunadamente, no me han engreído. No voy a hablar de ninguno de estos temas; me voy a meter del brazo de mi experiencia solamente, y con permiso del señor Lozano, por los campos de la ética, o por los del padre de familia que aconseja a sus hijos. Como ese camino por el que he pasado, pero no he pateado con diaria asiduidad, posible es que alguna vez me descarríe. Perdón por ello.

Considero preciso hablaros hoy, alumnos que me escucháis, de esto. A vosotros, que vais a lanzaros a la vida, y también a todos los que me escucháis y tenéis alguna experiencia.

La moral, esa moral en que hemos vivido los de mi generación, muchas anteriores y posteriores, la moral eterna y cristiana está en decadencia, porque las fieras que la están acorralando son insaciables y destrozan mucho más que lo que comen. Este rumbo de la moral quebrada, ya terrible inmoraldad —al menos en algunos aspectos—, alcanza cimas insospechadas, sectores de la sociedad que parecían incorruptibles.

La codicia es el imán que atrae con una poderosa fuerza a las gentes; iba a decir las conciencias y me he arrepentido, porque ¿qué conciencias pueden tener quienes así se dejan arrastrar por ese imán? Una conciencia embotada, menos aún, una conciencia podrida, que es peor que no tenerla, por lo menos tiene una mayor disculpa.

La codicia, ese afán de acaparar dinero, es la gran peste de estos tiempos en que vivimos. De veinte años para acá va creciendo, creciendo, y se agarra como hiedra hasta a ámbi-

tos que hace cuarenta años nos hubiera estremecido oír se les tachara de tales. Otro pecado capital pudiera imputárseles, pero ese, no.

Había antes algunos que sórdidamente estaban aquejados de este vicio, a quienes la gente señalaba con el dedo y ellos procuraban ocultarlo viviendo casi siempre miserablemente. Hoy, no; hoy se hace ostentación pública de ello, prodigando sus comodidades y sus superfluidades. En un café, en el comedor de cualquier hotel, se oyen conversaciones en las que parece que hay un campeonato para elegir al que haya sido capaz de hacer mayores gastos viajando, comiendo y bebiendo; sin hablar de otras diversiones mucho más caras.

Se oye: —Voy a comprar otro coche. —Si el que tienes está nuevo. No hace tres años que lo compraste. —Efectivamente, pero ya estoy cansado de él. No me gusta.

Este cansarse pronto de las cosas, ¡por Dios!, no llegar a él. Ya esto lleva consigo, aunque no siempre, que esta riqueza ha sido obtenida más o menos fácilmente.

Digo esto porque hay que saber adquirir las riquezas. Para ello no sirve aquel consejo que dicen le daba un judío (estas avaricias se ponen siempre en boca de judíos) a su hijo: —Mira, hijo, haz dinero, honradamente si puedes; pero haz dinero. No, no; el dinero hay que hacerlo honradamente. Esto obliga a mucho. A no aprovecharse de determinadas circunstancias de escasez, a no quemar los productos cuando hay abundancia para que no baje el precio, pues la abundancia lo compensa, y también, entre otras cosas, a que las ganancias cuando se hacen en colaboración se distribuyen equitativamente, justamente, entre todos los colaboradores, desde los más altos a los más humildes en correspondencia con su trabajo y su responsabilidad, poniendo siempre en ello el cariño que puede faltar a las empresas que se hacen sólo cerebralmente, con la cabeza. Los socios no conocen a los que en ellas trabajan, y sienten más la rotura de una máquina que la muerte de un trabajador. Para ellas el trabajador no es más, acaso menos, que una pieza.

Perdonad, me he extendido en esto demasiado para vosotros. Para vosotros que, es posible, raras veces os hayáis parado a meditar o conversar sobre ello. Perdonad, pero, insisto, es que lo creo el mal de estos tiempos.

Y si ello trae consigo la insatisfacción, a la que se puede llegar por exceso de satisfacción, el mal se agrava.

Recordad que hace poco tiempo se suicidaron dos estudiantes en Salamanca, a quienes económicamente no les faltaba nada; pero, según los periódicos, se sentían insatisfechos, no le encontraban finalidad a esta vida. Dos jóvenes que habían perdido toda ilusión... toda ilusión. Esa ilusión que es la vida, como dice Calderón, y que de terminar en sueño, hemos de saber soñarlo.

Vosotros, queridos alumnos, habéis de procurar tenerlas siempre; no una, muchas, y cuando alguna se ha satisfecho, sustituiría inmediatamente por otra. Y saber amarlas, pensando no sólo la cabeza en ellas, sino también el corazón, que las emociones son el dulce encanto de nuestra vida. Las ilusiones se suceden en las generaciones: son las mismas, pero son distintas siempre en unos y otros; son eternas, pero hay que saber gustarlas, hay que saber vivirlas.

Vamos a dejar a un lado, sois demasiado jóvenes, esas tan profundas emociones que se repiten constantemente de generación en generación: la de terminar una carrera, la de tener novia, la de casarse, la de tener hijos..., etcétera. Hay una que se ha desarrollado notablemente en estos tiempos: la de viajar, conocer nuevos paisajes, ciudades, monumentos, gentes. Esto es maravilloso. Así lo consideran todos. Pero hay que saber viajar. Viajar a gran velocidad, viendo pasar un árbol, otro árbol, una pradera, un río, un pueblecito, otro pueblecito, sin enterarnos siquiera del nombre de las cosas entre las cuales pasamos, no es viajar. Ni visitar una ciudad es andar por las calles, y, a paso más o menos lento ir viendo lo que se encuentra a los lados. Eso que veis hacer a muchos turistas de los que visitan nuestra ciudad, algunos en coches en los que un guía con un altavoz les dice: «San Martín, la Casa de los Picos, Santa Cruz», etcétera. Aun a los que van a pie, les veréis que llegan a un lugar, ven un monumento, miran una gría, se enteran cómo se llama y continúan. ¡A cuántos habéis encontrado en la calle Real haciendo esto y llegar a San Martín, abrir su guía, leer unas líneas y seguir! Pocos veréis que suban al sitio, que den una vuelta alrededor de la iglesia y que entren en ella. Esto no es más que mirar (que no lleva mucho tiempo), admirar es otra cosa que lleva más tiempo. Admiran esos pocos que se paran y van gozando capitel por capitel, monumento por monumento, altar por altar, cuadro por cuadro y escultura por escultura.

Un árbol, una flor, encierran tantas bellezas, tantas emociones de las que nos priva el correr a 90 ó 100 kilómetros, cuando nosotros hacemos un viaje por placer. El camino en

estos casos es de tanta finalidad como el ver la Torre de Pisa. Y en un árbol, aparte de la belleza en sí de él, de sus hojas, de sus ramas, del regusto de su sombra, puede haber algún pajarillo que nos enajene con su canto como aquel que pinta Alfonso X en una de sus cantigas, que cautivó a un monje de tal suerte que se pasó trescientos años escuchándole, y así se hizo cargo de la que era la contemplación divina.

Yo tomé por costumbre, durante varios veranos, irme a leer junto a un arroyuelo en cuyas márgenes había y hay magníficos árboles. Me sentaba, me recostaba en uno de ellos y leía. Un día, en un descanso de la lectura, me fijé en las rugosidades de su corteza y me quedé sorprendido de la enorme actividad que entre ellas había. La cantidad de insectos que se movían entre ella era extraordinaria. Subían, bajaban, se encontraban, se miraban, se dejaban paso, peleaban... Esto me hizo seguir el tronco con la mirada hasta donde alcanzó mi vista y luego fijarme en el césped en que arraigaba el árbol. También por él, casi seco, caminaban insectos distintos. Desde aquel día, todos dedicaba un rato a admirar aquellos seres que allí vivían y gozaba de tal suerte que a veces ni me daba cuenta de las personas que, al pasar, tenían que saltar por encima de mis piernas.

Hay una novela en la Literatura francesa de principios del siglo XIX titulada «Viaje alrededor de mi cuarto», de Xavier de Maistre. Procurad leerla y veréis qué viaje más delicioso haréis con el autor sin salir de la habitación, sólo fijándonos en los muebles, en los cuadros, en los libros, en las paredes, en el piso...

Posiblemente alguno estaréis pensando, pero así no se ve casi nada. Y yo os digo, mirando rápidamente, ¿qué se ve? Podréis decir a los amigos: —Yo he estado en Roma, he estado en Ginebra, en París—; pero si, curiosos, os preguntan por uno u otro monumento de esas poblaciones, o por una u otra plaza, acabareis por contestar: —Chico, vimos tantas cosas, que cualquiera se acuerda—. Os afirmo que cuando uno se para a admirarlas y se emociona ante ellas, raramente se olvida, pues esta emoción revive en él tan pronto se la nombran.

Con esto del viajar y saborear el viaje quiero decirnos también que no hay que vivir de prisa, que hay que vivir con cautela, siempre con aspiraciones de mejoramiento moral e intelectual y también económico, ¿por qué no? Pero que no sea ésta la única preocupación en la vida. El dinero proporciona muchas comodidades, muchas satisfacciones, pero bastantes hay para las que no se necesita tener mucho y que son, sin duda, las que más confortan el espíritu. La honorabilidad, la

tranquilidad de conciencia, la capacidad intelectual se conquistan con afán, con trabajo, con mirarse uno por dentro a cada paso.

Esto no impide que se tengan aspiraciones, grandes aspiraciones, las más elevadas aspiraciones. Colocarse entre los primeros en el ejercicio de una profesión es algo que todos debéis de intentar. No lo consiguen todos, pero hay muchos, muchos que pueden conseguirlo, y los medios para ello están a vuestro alcance, y no es cima inaccesible. Con un trabajo diario ordenado se llega a esa cima. Facultades para ello no faltan en la mayoría de las ocasiones, y con el trabajo continuado se van creando, van ampliándose.

Vosotros habéis visto de qué modo aprendistéis a manejar la peonza u otros juegos infantiles. La tirabais y no bailaba, pero seguiais tirándola una y otra vez. Cuando bailaba un poco sentiais alegría, pero aún no estabais satisfechos y seguiais hasta que la haciais zumbiar. Aprendistéis a cogerla y que bailara en la mano, y a tener tino para dar a una chapa o una perra puesta en un corro y a cogerla varias veces e ir desviando la perra puesta en un corro, y a cogerla varias veces e ir desviando la perra del centro del círculo hasta lograr sacarla de él. Esto tiene sus dificultades, sin embargo las vencisteis. Pues no ofrece más dificultades lo que os digo; sí, claro es, precisa más tiempo: la vida toda, porque ciertas verdades, ciertos secretos de la ciencia o del arte, ciertas perfecciones morales se encuentran tan escondidas que tardamos en descubrirlas, pero la ilusión de llegar a ellas sólo vale una vida. Ese anhelo evita el aburrimiento. Llenaros, pues, de ilusiones, y cuando consigáis una, inmediatamente aspirad a otra. Yo tengo muchas todavía, y ¡Dios quiera que no me falten!

Pensad que es preciso trabajar ahora y siempre. La contemplación es también trabajo. Yo creo que el trabajo no es un castigo; le considero un deber, un deber que hay que cumplir conscientemente, estrechamente, en la ocupación que escojáis o en la que la suerte os depare. Sea el que fuere, necesita un continuo esfuerzo. Todos, absolutamente todos, lo precisan. La variedad de ellos es grande y las diferencias entre unos y otros son pequeñas.

Muchos de vosotros sois hijos de labradores. Posiblemente vuestros padres os han dedicado al estudio para liberaros de los trabajos del campo, que dicen son muy rudos, que se precisa para llevarlos a cabo un gran esfuerzo corporal. Yo os digo que en todo se precisa, y que hay más calvas en los que se dedican a trabajos intelectuales que en los que se dedican al cultivo de la tierra.

Cuantan una anécdota de Pío Baroja. Paseaba por el campo en Vera del Bidasoa y se

encontró a un conocido cavando en una tierra. Le saludó. El trabajador contestó a su salud, y añadió:

—Estos son trabajos, don Pío, y no los que hacen ustedes.

Don Pío se sonrió, pero no le contestó. A los pocos días fue este trabajador a casa de Baroja. Don Pío estaba cavando en un mazo de su jardín, y aquél le dijo:

—¡Entreteniéndose, don Pío!

Este no pudo reprimirse, y le contestó:

—¿De modo que cuanto tú lo haces es trabajo, y cuando lo hago yo es un entretenimiento?

No; tan trabajo es el uno como el otro, pero hay muchos que creen que el único trabajo es corporal, y que el que hace un señor que está sentado ante una mesa llena de libros y papeles, no es trabajo.

Os puedo referir otra anécdota. En una villa de la provincia de Palencia había un chico labrador que muchos atardeceres, después de terminar su jornada, se sentaba en un banco delante de la Farmacia con otros jóvenes como él. Tan pronto veía salir a los oficiales de la Secretaría del Ayuntamiento, comenzaba a decir a los amigos:

—Eso, éso sí que ganan el pan a traición. ¡Vaya vagos! ¡Así se puede vivir! Lo que hacen ellos cualquiera puede hacerlo.

Una vez cometió no sé qué infracción, y el alcaide, el propio farmacéutico, tuvo que imponerle una multa. No la quiso pagar y le arrestó durante cinco días. El día que se presentó a cumplirlo, le dijo:

—Tú tienes buena letra, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Entonces, si te parece, en lugar de estar en el calabozo aburriéndote, puedes subirte a las oficinas y que el secretario te dé un trabajo que te servirá de entretenimiento.

Aceptó entusiasmado. Le dieron un repartimiento para que lo copiase y hallase la suma de todas las casillas de él para consignarlas en la última. Todo el día trabajó, y a la mañana siguiente se presentó a su hora. Al poco tiempo preguntó a los oficiales:

—¿A qué hora viene el alcalde?

—De doce y media a una—le contestaron.

Siguió su trabajo y a poco volvió a hacer la misma pregunta, y minutos después otra vez. Más tarde, dijo:

—Tengo unas ganas de que venga... No sé cómo podéis resistir esto.

Llegó el alcalde, se presentó a él y le preguntó cuánto tenía que pagar de la multa por lo que le quedaba de cumplir el arresto. Se lo dijo, e inmediatamente le pidió permiso para ir a su casa a por el dinero.

—¿Cómo te has decidido a esto?—le preguntó el alcalde.

—Mire usted, don Julio, yo no sé cómo es-

los pueden resistir. Eso es para volverse loco.

El alcalde, sonriendo, le dijo:

—Pero yo te he oído decir, muchas tardes, que éstos eran unos vagos; que así cualquiera se ganaba el pan...

No le dejó terminar.

—Sí, señor; pero no volveré a decirlo ¿Me deja ir a por el dinero?

Y es que para todo trabajo se necesita una capacidad y también un hábito, que hay que crearlo, pero no hacerle una rutina, porque danfo de lo habitual el trabajo es vario. Vosotros habéis visto que cada Catedrático en sus clases sigue un ritmo, pero que dentro de él la clase se desarrolla de distinta manera.

Con lo que os he dicho y con vuestra experiencia conoceréis perfectamente que hay que trabajar, trabajar toda la vida, porque es un deber que hay que cumplirlo sin vacilación, y que no se deben escatimar los momentos. Yo os recomiendo, sin embargo, que no acumuléis muchos para luego no poder cumplir debidamente en cada uno; ya porque la falta de tiempo haga que se tenga que abandonar éste porque nos espera aquél o porque el cansancio os rinda y hasta perturbe vuestra salud.

Uno bien llevado y lo suficientemente remunerador para vivir con modestia es el adecuado. Considerando como tal aquel que permita proporcionarnos algunas diversiones sanas y lícitas, pero no jueargas, ya que juearga no es más que «huelga» pronunciada en andaluz, y ésas está bien, por lo tanto, a los holgazanes.

El esparcimiento es lícito como descanso; como lujo es una estupidez. Y el esparcimiento, en el descanso, prepara el ánimo para continuar el trabajo. Un paseo por el campo a un jardín, la lectura amena, el teatro (¡hoy tan en decadencia!), el cine, son buenos.

Ahora bien, esta moderación, este conformarse con lo que se tiene, entendido bien, no quiere decir que no tengáis aspiraciones a ser más. Eso de «tengo lo suficiente para vivir», no significa no tener aspiraciones, aspiraciones sanas y santas. ¡Benditas aspiraciones! No, no; eso no. Eso engendra una dormilona moderna que poco a poco consume el espíritu, lo anonada. No, no. El espíritu debe estar siempre despierto y aspirar a más. Aspirar a alcanzar más cultura, a perfeccionarse en la profesión que se elija, a ser el primero sin asoberbercerse, a perfeccionarse espiritualmente para alcanzar una plena vida del espíritu, que es lo propio del hombre que no es solamente animal de costumbres. En este campo a luchar siempre consigo mismo y emularse con los demás.

Conversad y leed. Conversad con los demás y consigo mismo,

Converso con el hombre  
que va siempre conmigo,

que dice Antonio Machado; con ese otro yo, que a veces nos contradice y se rebela, al que tanto le debemos en ocasiones, y con aquellos que os contradigan, pues es muy provechoso; porque en esa contradicción podéis descubrir una cara de la cuestión que sea y desde vuestro punto de vista no habéis podido ver, porque no es la misma la figura de un árbol, por ejemplo, para dos personas que lo miran una frente a otra. Y leed, leed mucho, que eso es alimento del espíritu, porque si el amor crea amor, las ideas crean ideas, que son la riqueza del alma. Algo que lleva uno siempre consigo y que nadie puede robarnos.

Las ideas, los pensamientos, forman una cadena que va desde la invención del fuego o de la rueda, hasta la fisión del átomo y los viajes interplanetarios. La superación es, pues, el gran ideal del hombre.

La superación en todos los órdenes: en el científico, en el moral, en el religioso.

La imaginación se adelanta casi siempre con gran anticipación. Vosotros habéis leído novelas de Julio Verne, y en ellas viajes aéreos, viajes submarinos, escritas mucho antes de que eso fuera una realidad; y en mi clase os he referido que en un poema del siglo XIII, «El libro de Alexandre», el protagonista hace un viaje por los aires y otro por el fondo del mar en una forma más en armonía con el saber de entonces que como se ha llegado a realizar en la actualidad. Eso que llaman soñar despierto nos proporciona muy bellos ratos y, a veces, nos aproxima, si no nos da la solución de un problema. Ese aparato tan importante en las máquinas de vapor que se llama la válvula en D, lo inventó un muchachito para poder distraerse jugando.

Sin la imaginación creadora, ¿qué hubiera sido de la literatura? ¿Tendríamos una «Divina Comedia», una «Vida es sueño», un «Hamlet», un «Fausto», un «Paraiso perdido», un «Quijote»?

Este Quijote, con su gran compañero Sancho; esta pareja que tan admirablemente se complementan uno a otro. ¿Por qué no procurar ser también vosotros Quijotes? Los que haceros de él no se han terminado aún.

Egoísmo, como sabéis, se deriva de «ego». Es el culto al yo. No considero necesario que lo abandonéis. El respeto a sí mismo es preciso, es lo que afirma nuestra personalidad, pero la idolatría del yo excluiría de vuestras aspiraciones. Pensad siempre que hay un prójimo —el prójimo— que vive y anda a vuestro lado, y hemos de sentir latir su corazón y él ha de sentir el nuestro; y si en el camino su corazón acelera su ritmo o se debilita, nuestras manos de amor han de ayudarle. No hemos de reunirnos con los demás para gozar solamente, hemos de reunirnos también para ayudarles a llevar su Cruz, para aliviarles en sus

fatigas, para consolarles en sus grandes e irreparables dolores.

Un gran amor, pues, para nuestros prójimos; que Cristo fue hombre y sufrió como hombre por entronizar el amor en la tierra, amor de hermanos, pero desterrando a Caín.

Si podéis crear una sociedad en la que el trabajo se considere como un deber, que lo es indudablemente, pero convencidos todos de que lo es, en la que nadie tema el mañana, en la que no se sienta siempre asistido en sus necesidades, sin que sean limitadas; en la que haya más satisfacciones que desasosiegos, en la que la libertad individual sea respetada, intentad crearla.

¿Que esto es un ideal? Bien. Pero ¿es que el hombre no es sujeto de ideales? Si no se puede vivir sin ellos. Encauzar todos hacia uno elevado, lo creo posible, y, después de realizado, es claro, hay que comenzar con otros.

El momento que vivimos es de una curiosidad extraordinaria. Más extraordinario que aquel en que nos dimos cuenta que no era

la tierra el centro del Universo. Mucho más. Estamos a punto de viajar a otros planetas, a ver otros mundos. ¿Qué habrá en ellos? Vida vegetal, vida animal, seres con alma. ¿Cómo vivirán? ¿Qué habrán creado? ¿Tendremos que civilizarnos como en América o tendrán ellos que enseñarnos muchos secretos que no conocemos? ¿Y será ésta nuestra última aspiración, nuestro último ideal? Quiero creer que no, que tras éste vendrá otro, afortunadamente, pero siempre será preciso trabajar individualmente para que cada uno deje en este mundo un surco lo más profundo y duradero que sea posible. Un recuerdo que traspase los muros de la casa, del ambiente de la familia, secular o multiseular.

El mio se extinguirá cuando desaparezcáis vosotros, los últimos alumnos, que es la fama no eternal, perecedera si no aparece por ahí un poeta que se eternice y que me eternice en una de sus poesías. ¿Quién se acordaría del maestro don Rodrigo si no fuese por la alegría que su hijo Jorge Manrique le dedicó? Que así sea.

## Al compañero Don Aquilino Iglesia Alvariño

UNA noche de estrellas muy gallega, la del 29 de julio, llevó a un verdadero compañero. Los stardeceres suelen resultarme embarazosos, como las estaciones vacías de trenes, como las despedidas. Las noches, aún y sus encantos, tienen algo que también les hace a menudo temibles. Y esta vez, precisamente, cuando ya el sol no calentaba la tierra verde que nos rodea, la triste noticia, incierta al principio, resultó ser realidad. Había decidido Aquilino emprender viaje sin despedidas. Sólo su esposa querida estaba con él.

Pronto se llenó la casa del que se fue: familiares, compañeros, amigos, coterráneos... Allí vacía la tremenda realidad del cuerpo que dejó el alma aparte, alma que fue de gran padre de familia, de entrañable esposo, de gran profesor, de insigne académico, de preclaro literato, de delicado poeta, de latinista científico, de hombre de bien, de asequible amigo de todos. Por ello, la terrible noticia reunió a tantos, allí.

Cuando murió Asorey, escultor de la raza, hacía pocas semanas, Aquilino comentaba cómo quedaba la obra en la tierra de los que fueron y dejaron de estar. Las mismas tierras cantadas por Rosalía de Castro, que en vez de hacerlas poesía las hacía figura. Y ahora es un poeta, también de Galicia, que nos deja el sabor de su alma, que convivió con la nuestra, para los de ahora, y en sus libros de versos para los que no le conocieron.

También anecdótico que conforta el espíritu es el detalle hecho público por Borobó en «La Noche» del 31 de julio, de que a raíz de haberse traído a casa una valiosa Virgen, hacía unas semanas (por cierto, adquirida en Barcelona), el que nos dejó había dicho: «Con esta Virxen na casa xa podo morrer tranquilo.» Parecía que el hombre estaba de acuerdo ya con la Gran Dueña del mas allá. Consuela a los que deciden dejarnos, que los que se van, quedan en buenas manos, en las mejores manos.

Aún el viernes anterior había personalmente comentado conmigo el amor que profesaba al catalán y la riqueza de obras catalanas que tenía en su biblioteca. Como catalán merece mi recuerdo. Yo arraigué en Galicia. A menudo Cabo Creus y Finisterre se dan la mano. Y en este momento que recuerdo al amigo, al compañero, extendiendo la mía al infinito para encontrarme con la suya para pedirle perdón por mi «literatura» (soy de «ciencias»).

Las horas que dejan de ser horas para alumnos y siguen contando para los demás, se deben aprovechar como lección de vida que se nos concede. Haber sido útil y dejar algo para la posteridad, parece que es su orden, la del amigo consejero. La obra suya es local.

Ya cuidaron los periódicos de la región de